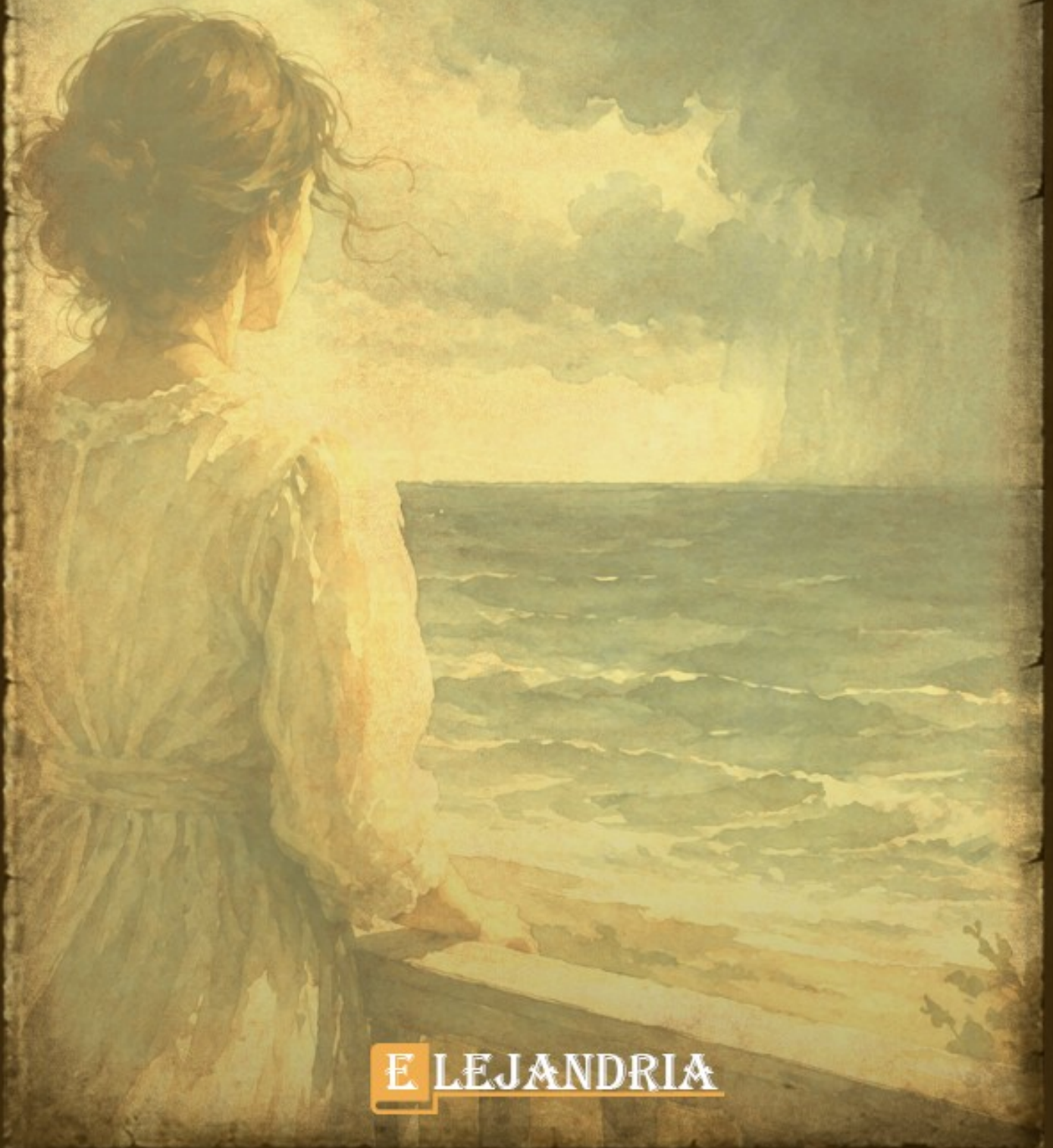




Kate Chopin

La Tormenta



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA TORMENTA

KATE CHOPIN

**PUBLICADO: 1898
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I

Las hojas estaban tan quietas que hasta Bibi pensó que iba a llover. Bobinôt, que acostumbraba a conversar en pie de perfecta igualdad con su hijito, llamó la atención del niño sobre ciertos nubarrones sombríos que avanzaban desde el oeste con intención siniestra, acompañados de un rugido sordo y amenazador. Estaban en la tienda de Friedheimer y decidieron quedarse allí hasta que pasara la tormenta. Se sentaron junto a la puerta, sobre dos barriles vacíos. Bibi tenía cuatro años y parecía muy juicioso.

—Mamá va a tener miedo, sí — sugirió, parpadeando.

—Cerrará la casa. Quizá tenga a Sylvie ayudándola esta tarde — respondió Bobinôt para tranquilizarlo.

—No; no tiene a Sylvie. Sylvie la ayudó ayer — gorjeó Bibi.

Bobinôt se levantó y, acercándose al mostrador, compró una lata de camarones, que a Calixta le gustaban mucho. Luego volvió a sentarse en el barril y se quedó allí, impasible, sosteniendo la lata de camarones mientras estallaba la tormenta. Sacudió la tienda de madera y pareció abrir grandes surcos en el campo lejano. Bibi puso su manita sobre la rodilla de su padre y no tuvo miedo.

II

Calixta, en casa, no sentía inquietud alguna por la seguridad de los dos. Estaba sentada junto a una ventana lateral, cosiendo con furia en la máquina. Se hallaba muy ocupada y no advirtió que se acercaba la tormenta. Pero tenía mucho calor y se detenía a menudo para enjugarse el rostro, donde el sudor se le acumulaba en gotas. Se desabrochó la chaquetilla blanca a la altura del cuello. Empezó a oscurecer, y, al darse cuenta de pronto de la situación, se levantó apresuradamente y se puso a cerrar puertas y ventanas.

En la pequeña galería delantera había tendido la ropa de domingo de Bobinôt para que se secara, y salió de prisa a recogerla antes de que cayera la lluvia. Al pisar fuera, Alcée Laballière entró a caballo por la cancela. No lo había visto muy a menudo desde que se casó, y nunca a solas. Se quedó allí de pie, con la chaqueta de Bobinôt en las manos, y comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. Alcée llevó el caballo bajo el resguardo de un saliente lateral donde se habían apiñado las gallinas y donde había arados y una grada amontonados en un rincón.

—¿Puedo venir a esperar en tu galería hasta que pase la tormenta, Calixta? —preguntó.

—Pase, M'sieur Alcée.

Su voz y la de ella la sobresaltaron como si despertara de un trance, y agarró el chaleco de Bobinôt. Alcée, al subir al porche, tomó los pantalones y atrapó la chaquetilla de Bibi, ribeteada con trencilla, que una súbita ráfaga de viento estaba a punto de llevarse. Manifestó su intención de quedarse fuera, pero pronto resultó evidente que lo mismo le habría dado estar a la intemperie: el agua batía las tablas en cortinas violentas, y entró en la casa, cerrando la puerta tras de sí. Incluso fue necesario poner algo bajo la puerta para impedir que entrara el agua.

—¡Dios mío, qué lluvia! Hace bien dos años que no llovía así —exclamó Calixta mientras enrollaba un trozo de arpillera y Alcée la ayudaba a meter-

lo bajo la rendija.

Estaba algo más llena de carnes que cinco años antes, cuando se casó; pero no había perdido nada de su vivacidad. Sus ojos azules conservaban aún aquella ternura líquida; y su pelo rubio, desordenado por el viento y la lluvia, se encrespaba más obstinadamente que nunca alrededor de las orejas y las sienes.

La lluvia golpeaba el tejado bajo, cubierto de tablillas de madera, con una fuerza y un estrépito que amenazaban con abrirse paso y anegarlos allí mismo. La estancia hacía las veces de comedor, sala de estar y cuarto de todo uso. Contiguo se encontraba su dormitorio, con el camastro de Bibi junto a su propia cama. La puerta estaba abierta, y la habitación, con su cama blanca y monumental y sus postigos cerrados, parecía tenue y misteriosa.

Alcée se dejó caer en una mecedora, y Calixta comenzó a recoger nerviosamente del suelo los largos paños de una sábana de algodón que había estado cosiendo.

— ¡Si esto sigue así, Dieu sait si los diques van a aguantar! — exclamó.

— ¿Y a ti qué te importan los diques?

— ¡Bastante tengo yo que ver! ¡Y Bobinôt con Bibi ahí fuera en esa tormenta, si es que no se han quedado en Friedheimer!

— Esperemos, Calixta, que Bobinôt tenga el juicio suficiente para guarecerse de un ciclón.

Ella fue a situarse junto a la ventana, con una expresión de gran turbación en el rostro. Limpió el marco, empañado por la humedad. El calor era sofocante. Alcée se levantó y se acercó a la ventana, mirando por encima de su hombro. La lluvia caía en cortinas, ocultando la vista de las cabañas lejanas y envolviendo el bosque distante en una niebla gris. El relampagueo era incesante. Un rayo alcanzó un alto cinamomo al borde del campo. Llenó todo el espacio visible con un resplandor cegador, y el estrépito pareció invadir las mismas tablas sobre las que estaban de pie.

Calixta se llevó las manos a los ojos y, con un grito, retrocedió tambaleándose. El brazo de Alcée la rodeó y, por un instante, la atrajo hacia sí, estrechándola con movimiento espasmódico.

—¡Bonté! —gritó ella, soltándose del brazo que la ceñía y apartándose de la ventana—. ¡La casa será lo próximo! ¡Si al menos supiera dónde está Bibi!

No lograba serenarse; no quería sentarse. Alcée le sujetó los hombros y la miró a la cara. El contacto de aquel cuerpo cálido y palpitante, cuando sin pensarlo la había atraído hacia sus brazos, había despertado toda la antigua fascinación y el deseo de su carne.

—Calixta —dijo—, no tengas miedo. No va a pasar nada. La casa es demasiado baja para que la alcance un rayo, con tantos árboles altos alrededor. Vamos, ¿no vas a tranquilizarte? Dime, ¿no vas a hacerlo?

Le apartó el cabello de la cara; el rostro de ella estaba caliente y húmedo. Sus labios eran tan rojos y jugosos como semillas de granada. Su cuello blanco y un atisbo de su pecho lleno y firme lo turbaron poderosamente. Cuando ella alzó la mirada hacia él, el miedo de sus ojos azules y líquidos había cedido el sitio a un fulgor soñoliento que delataba, sin que ella lo supiera, un deseo sensual. Él bajó la mirada hacia sus ojos, y no tuvo más remedio que recoger sus labios en un beso. Le recordó a Assumption.

—¿Te acuerdas de Assumption, Calixta? —preguntó en voz baja, quebrada por la pasión.

¡Oh, sí que lo recordaba! Porque en Assumption él la había besado, y besado, y besado; hasta que los sentidos estuvieron a punto de abandonarlo, y, para salvarla, recurrió a una huida desesperada. Si ella no era por aquellos días una paloma inmaculada, seguía intacta; una criatura apasionada cuya misma indefensión había sido su defensa, contra la cual el honor de él le prohibía prevalecer. Ahora..., bueno, ahora sus labios parecían en cierto modo libres para ser saboreados, igual que su garganta blanca y redonda y sus pechos aún más blancos.

No hicieron caso de los torrentes que se desplomaban ni del estruendo de los elementos, que la hizo reír mientras yacía en sus brazos. Era una revelación en aquella alcoba tenue y misteriosa; tan blanca como el lecho sobre el que se hallaba. Su carne firme y elástica, que por primera vez conocía su derecho de nacimiento, era como un lirio cremoso al que el sol invita a aportar su aliento y su perfume a la vida imperecedera del mundo.

La generosa abundancia de su pasión, sin engaño ni artificio, era como una llama blanca que penetraba y hallaba respuesta en profundidades de la propia naturaleza sensual de él que nunca hasta entonces habían sido alcanzadas.

Cuando él le tocó los pechos, estos se entregaron en estremecida dicha, invitando a sus labios. Su boca era una fuente de delicias. Y cuando la poseyó, pareció que ambos se desvanecían juntos en el mismísimo límite del misterio de la vida.

Él permaneció recostado sobre ella, sin aliento, aturdido, enervado, con el corazón golpeando como un martillo contra ella. Con una mano, ella le sostenía la cabeza, rozándole apenas la frente con los labios. La otra mano acariciaba con ritmo apaciguador sus hombros musculosos.

El gruñido del trueno se había alejado y se perdía. La lluvia golpeaba suavemente las tablillas del tejado, invitándolos a la somnolencia y al sueño. Pero no se atrevieron a abandonarse.

III

La lluvia había terminado; y el sol convertía el mundo verde y reluciente en un palacio de gemas. Calixta, en la galería, vio alejarse a Alcée a caballo. Él se volvió y le sonrió con el rostro radiante; y ella alzó al aire su bonita barbilla y rió en voz alta.

Bobinôt y Bibi, que volvían a casa arrastrando los pies, se detuvieron fuera, junto a la cisterna, para ponerse presentables.

— ¡Dios mío, Bibi, qué va a decir tu mamá! Tendrías que avergonzarte. ¡Mira que ponerte esos pantalones buenos! ¡Míralos! ¡Y ese barro en el

cuello! ¿Cómo te has manchado de barro el cuello, Bibi? ¡Nunca vi un niño igual!

Bibi era la viva imagen de la resignación patética. Bobinôt era la encarnación de la preocupación grave mientras se esforzaba por borrar de su propia persona y de la de su hijo las señales de su caminata por caminos pesados y campos empapados. Raspó con un palo el barro de las piernas y los pies desnudos de Bibi, y eliminó cuidadosamente todo rastro de sus recios zapatones. Luego, preparados para lo peor —el encuentro con un ama de casa excesivamente escrupulosa—, entraron con cautela por la puerta trasera.

Calixta estaba preparando la cena. Había puesto la mesa y filtraba el café junto al hogar. Se levantó de un salto cuando entraron.

—¡Oh, Bobinôt! ¡Has vuelto! ¡Dios mío, qué intranquila estaba! ¿Dónde habéis estado durante la lluvia? ¿Y Bibi? ¿No está mojado? ¿No le ha pasado nada?

Había estrechado a Bibi entre los brazos y lo besaba con efusión. Las explicaciones y disculpas de Bobinôt, que había ido componiendo durante todo el camino, murieron en sus labios mientras Calixta lo palpaba para comprobar si estaba seco, y no parecía expresar otra cosa que satisfacción por su regreso sanos y salvos.

—Te he traído unos camarones, Calixta —ofreció Bobinôt, sacando la lata de su amplio bolsillo lateral y dejándola sobre la mesa.

—¡Camarones! ¡Oh, Bobinôt! ¡Eres demasiado bueno! —y le dio en la mejilla un beso sonoro que resonó—. ¡J'vous répons, esta noche tendremos un festín! ¡Mmm, mmm!

Bobinôt y Bibi comenzaron a relajarse y a disfrutar, y cuando los tres se sentaron a la mesa, rieron mucho y tan alto que cualquiera habría podido oírlos hasta en Laballière.

IV

Alcée Laballière escribió aquella noche a su esposa, Clarisse. Era una carta amorosa, llena de tierna solicitud. Le decía que no se apresurara a volver, sino que, si ella y los niños estaban a gusto en Biloxi, se quedarán un mes más. Él se las arreglaba bien; y, aunque los echaba de menos, estaba dispuesto a soportar la separación un tiempo más, comprendiendo que la salud y el placer de ellos eran lo primero que debía tenerse en cuenta.

V

En cuanto a Clarisse, se sintió encantada al recibir la carta de su marido. Ella y los niños se encontraban bien. La compañía era agradable; muchas de sus viejas amigas y conocidas estaban en la bahía. Y el primer soplo libre desde su matrimonio pareció devolverle la grata libertad de sus días de soltera. Por devota que fuera de su marido, su vida conyugal íntima era algo a lo que estaba más que dispuesta a renunciar por un tiempo.

Así pasó la tormenta y todos quedaron felices.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB